

pero, aunque de ello no tengan conciencia, se colocan en un punto de vista que da mucho que pensar, en el punto de vista del liberalismo burgués, el cual, en esta cuestión, no puede negar su naturaleza mezquina, envidiosa é intolerante. Á sus ojos, sólo tienen derecho á vivir los que, sin trabajo personal y sin auxilio extraño, pueden hacerlo de sus rentas. Para él,—como dice Hegewisch—la pretensión de que el número de hombres debería limitarse á los que pueden disponer diariamente de un trozo de buey y un vaso de vino para desayunarse, ⁽¹⁾ no es una broma, sino algo muy serio. Así, pues,—concluye—preciso es tener á la población en ese equilibrio cómodo que ahorra á los ricos el aspecto desagradable de los pobres y la necesidad más desagradable aún de verse obligados á dar un bocado de su trozo de buey para socorrer la miseria ajena.

Que esto se haga, ora en perjuicio de la libertad, ora favoreciendo crímenes personales, poco importa; nadie se fija en ello. Religión, moral, humanidad, no son más que palabras en este sistema que considera á los hombres como cifras. Nadie piensa ya en la soberanía de Dios, en el reino de una providencia, en la inmortalidad de las almas, en el derecho de las criaturas de Dios más desprovistas de socorro, en la luz del sol y en la luz eterna, en una ley que ordena dominar los instintos sensuales, en una responsabilidad con relación á Dios. Humanidad y hombre no son más que materiales, como un montón de arena y de mortero, para la realización de ciertos fines políticos y sociales. ¿Se trata de impulsar la civilización con una nueva guerra de pueblos? ¿Se tiene necesidad de instrumentos vivientes para ensanchar fortalezas, para hacer funcionar ferrocarriles y máquinas? Pónense luego en movimiento todas las palancas, para reunir el contingente de hombres de que se tiene necesidad, ó que se necesitarán más tarde. Habitualmente se dice con sequedad: «Hay tantas reservas disponibles; hay para subvenir á las necesidades de tantos y tantos hombres; he aquí el número exacto de los

(1) Malthus, *Volksvermehrung*, (deutsch von Hegewisch, I, V).

que podemos utilizar, pero ni uno más; todos los que excediesen de este número comprometerían la situación».

En cuanto á saber si esto es cristiano y moral, nadie se preocupa de ello. ¡Si siquiera no fuese tan inhumano!

Pero es completamente inútil. Si hay necesidad de una prueba de que la humanidad está falta de ponderación, nos la ofrecen estos sistemas. Con demasiada frecuencia, en sus calculadas astucias, han obtenido precisamente lo contrario de lo que se proponían. Aquí tiene también aplicación la frase. «La malicia supera á la fuerza; querer es más fuerte que obrar». ⁽¹⁾ Inútil es probar que el hombre no puede traspasar los límites que le han sido impuestos; pero tampoco puede permanecer alejado de su fin. En los casos aislados, la previsión culpable se convierte á menudo en materia de confusión. Pero, como sistema económico nacional, no hace más que producir, en forma peor, lo que debería evitar. Lo que el crimen suprime por vía legal, hace irrupción de modo doblemente peligroso por vías ilícitas.

Decimos doblemente peligroso, porque el que usurpa una plaza en el mundo contra la voluntad de la sociedad, y es señalado con el sello de su maldición, provocará, mientras viva, su voluntad, y opondrá sin cesar la maldición á la maldición. ¡Que nuestros estadistas puedan dirigir su atención al punto de donde proceden los que son el terror de la sociedad! La injusticia produce la injusticia. Siempre es castigado uno por donde ha pecado. ⁽²⁾

¿Y cómo poner un freno á los que, con sus faltas contra la ley, alientan la venganza por los crímenes tolerados por ella? ¿Será acaso introduciendo usos griegos y chinos, como castigo impuesto á estas infracciones? Éste, sin duda alguna, será el único medio que prevalecerá. En efecto, Alejandro Tille, Alfredo Blötz y otros proponen estas crueldades con la mayor sangre fría ⁽³⁾ ¡Cómo hom-

(1) Jer., XLVIII, 30, 36.—Is. XVI, 6.

(2) Sap., XI, 17.

(3) Schneider, *Göttliche Weltordnung*, 220, 237.

bres, por otra parte experimentados, pueden ser juguete de ilusiones tan miserables? ¿Cómo no pueden deshacerse de ellas, cuando ven que es preciso una nueva violencia para sostener la primera injusticia? Las leyes son aquí necesarias, y sólo lo niega quien no admite más que pasiones sin freno. Pero en ninguna parte es más insignificante que aquí una simple ley de policía separada de la moral y de la religión. Obligar al matrimonio, es absurdo. Obtener una cifra de población por medio de la violencia, es imposible, é inadmisiblemente castigar el celibato. Prohibir el matrimonio al que no siente vocación al celibato, es irritante. Erizar de dificultades el matrimonio, equivale á multiplicar el aumento ilegítimo de la población, y precisamente de aquella parte de que provienen los mayores peligros para la sociedad. Suscitar obstáculos á la permanencia de domicilio é impulsar á la emigración, es una usurpación del derecho humano, y una violencia inexcusable en este tiempo de liberalismo sin límites. La emigración no hace más que privar al país de los que todavía poseen algo, dejando en él á los que son completamente pobres. Aquí el poder y la sabiduría puramente humanas encuentran evidentemente un término.

10. Únicamente la moral y la religión pueden indicar aquí el recto camino que hay que seguir.—Únicamente la moral y la religión pueden remediar este estado de cosas; y lo remedian, con tal que se les deje obrar con libertad. Sólo su doctrina ofrece datos exactos para responder á esta cuestión. Sólo una vida conforme con sus prescripciones, tiene fuerza para resolverla ventajosamente.

La humanidad, tomada en general, tiene el deber de multiplicarse. ⁽¹⁾ Por consiguiente, todos tienen derecho á contraer matrimonio. Pero todos no pueden hacer uso de este derecho, como tampoco del derecho á la propiedad y al trabajo. Este derecho entraña obligaciones pesadas y sagradas, y sólo el que puede satisfacerlas, tiene derecho á usarlo. Así, pues, sólo un número limitado de hombres

(1) Gen., I, 28; VIII, 17; IX, 1.

puede consagrarse al matrimonio. Si, entre los que tienen esta aptitud, hay quien de él se aprovecha, también hay otros para quienes este camino está abierto, y que serían excluidos de él por otros medios.

El celibato voluntario, considerado desde el punto de vista social, es ya un noble sacrificio para el bien común del prójimo; pero los que usan de su derecho deben tener en cuenta cuatro consideraciones. Primeramente, deben obrar teniendo en consideración la santidad de los fines del matrimonio. En segundo lugar, deben guardarse de convertirse en carga para la sociedad, y de aumentar las ya existentes. En tercer lugar, han de darse exacta cuenta de sus deberes de padres, y finalmente, poner sus afectos y los movimientos de la sensualidad bajo la guarda de la moral. Pero esta responsabilidad es una carga pesada, é impone, en ocasiones, un imperio tan difícil, no sólo á los pobres, sino también á los ricos y á los grandes, que todos harán bien en examinarse antes de aceptar este yugo, que nadie puede llevar sin desfallecer, si no alimentan su corazón la religión y la moral. Hechas estas suposiciones, decimos sin vacilar que esos cuidados desdichados con relación al exceso de población carecen de fundamento. ⁽¹⁾ No hay que asegurar, con Bernardo Eulenstein, que la tierra podría alimentar miles de billones de hombres, como si miles de billones de hombres se hubiesen hartado ya en ella. ⁽²⁾ Semejantes exageraciones no necesitan refutación; pero lo cierto es que Dios ha distribuído tantos dones,—porque su mano no es avara cuando da,—que todos los que hay aquí bajo pueden vivir, con tal que cada uno quiera contentarse con lo que le pertenece.

Todo depende de esto. Los medios de existencia no faltan; lo que falta es el justo reparto. El descubrimiento de Malthus nos explica el terror instintivo que se apodera

(1) Ratzinger, *Volkswirtschaft* (2), 109 y sig. Devas, *Volkswirtschaftslehre*, 123 y sig. (ed. alemana de Kämpfe). Schneider, *Göttliche Weltordnung*, 187.

(2) *Gesellschaft*, X (1894), 646.

del liberalismo, cuando oye decir que debería concederse más libertad para contraer matrimonio. Sí, estamos convencidos de que los hombres podrían vivir en mayor número de los que existen actualmente, y que ya ha habido épocas en que, en diferentes condiciones, han vivido en mayor número y mucho mejor.

En vez de buscar los males de nuestra época en el exceso de población, quizás sería más justo atribuirlo á su disminución. No; no hay que buscar la causa de nuestros males en la insuficiencia de los medios de existencia para todo el mundo, sino en la ociosidad de gran parte de los hombres y en la afición á los bienes de la tierra. Si hubiese más hombres, veríanse muchos obligados á hacer mejor uso de ellos mismos y de sus bienes. Porque el aumento de población acrece también la actividad, y el aumento de trabajo es una fuente de riqueza. Para todo esto, tenemos gran confianza en el poder humano.

Pero la tenemos mucho mayor en el poder y en la misericordia de Dios. Nadie seguramente se atreverá á negar que éstos se manifiestan, por modo particularísimo, en nuestra cuestión. Si Dios lo ha ordenado todo con número, peso y medida; ⁽¹⁾ si ha contado todos los cabellos de nuestra cabeza, ⁽²⁾ ¿habíase de olvidar del hombre? No, no lo ha olvidado; no lo ha abandonado, á pesar de su infidelidad. Por encima de todos los errores de la inteligencia y de todos los extravíos de la carne, vela siempre su bondad. Si esto sólo hubiese dependido de nosotros, hace ya mucho tiempo que la humanidad hubiera desaparecido de la tierra. Pero Dios, que sabe utilizar hasta los más grandes crímenes, siquiera lo haga con frecuencia en forma de castigo, es tal que, bajo su acción, lo demasiado mucho y lo demasiado poco se nivelan, y sus planes quedan siempre inmutables.

Con esto no queremos decir que deba uno confiar por completo en Dios, y dejar que todo siga su camino, sin sombra de reflexión. Nadie—así lo esperamos—nos impu-

(1) Sap., XI, 21.—(2) Matth., X, 30. Luc., XII, 7.

tará semejantes sentimientos, como tampoco los que significarían decir á los hombres: «Continuad pecando, que Dios se encarga de todo». Los que incurren en la censura de cruzarse de brazos, son muy diferentes de nosotros. Que comprenda quien pueda á esos sabios que predicán el evangelio de la poltronería, ese evangelio, por medio del cual, el liberalismo, como dice el general Booth, reduce al silencio su conciencia, ese desesperante principio: *Dejad hacer, dejad pasar*. ¿Qué pensar de esos escritores que pintan por modo tan conmovedor las tristes consecuencias del crecimiento del proletariado moral y económico, sino que hacen cuanto pueden para justificar sus causas? ¿Qué pensar de esos hombres de Estado, que tiemblan ante sus efectos, y que nos impiden cegar sus fuentes? ¿Qué pensar de esos maestros, de esos pedagogos, que advierten el mal y lo preparan sistemáticamente?

Hay aquí grandes crímenes que reparar, y una peligrosa brecha que cerrar. Para lograrlo, todos deben darse la mano y trabajar de concierto. Multiplicar los obstáculos á la marcha de la Iglesia, y frotarse en seguida las manos de júbilo, porque tampoco ella puede hacer frente á la tempestad, antes nos parece ceguera que maldad. ¿Quién, pues, soportará las consecuencias de esto? Aceptad las advertencias, vosotros que tenéis el poder en vuestras manos y podéis hablar al mundo, y haced causa común con nosotros, pero por completo y seriamente.

Lo primero que hay que enderezar es la santidad del matrimonio. Nada hay que temer del matrimonio, si es santo; una bendición maravillosa reposa en él. Los más ligeros se ven como transformados, y se convierten en sobrios, económicos, castos, desde que han aceptado este yugo con miras religiosas. Allí donde se aprende á considerar el matrimonio como sacramento, allí la humanidad no encuentra obstáculo alguno en su carrera. En otra parte hay que buscar este peligro. Cuando la carne corrompe sus caminos en la tierra, de tal suerte que Dios se arrepiente de haberla creado; cuando la tierra se llena de

impurezas, entonces se da buena cuenta de la carne. ⁽¹⁾

Es, pues, evidente locura quebrantar los lazos de la disciplina, mofarse de la abnegación, del retiro, de la modestia, como de una debilidad y de un absurdo, así como fomentar la molicie en los jóvenes, y no conocer más que un miedo, el de educar á los niños en la gazmoñería. Si el mundo no tiene otros cuidados que éstos, puede dormir tranquilo. ¡Pluguiese á Dios que pudiésemos convertir á todos los niños en beatos! Ya no estallarían ningún parlamento, y los emperadores veríanse más firmes en sus tronos. ¿Qué perderá el mundo, si se inculca á la juventud otro espíritu, el antiguo espíritu? Nada, y menos que nadie, la situación en que ahora vivimos, esta situación que nos hace temblar ante los adultos, y nos llena de horror en presencia de la generación que crece.

Que la juventud aprenda, pues,—y también la vejez— á domar su carne y á abstenerse de cosas permitidas, á fin de que sus manos y sus deseos estén muy lejos del mal. Sí, mucho mejor es que la juventud no aprenda á conocer todo esto. ¿Qué necesidad tiene de saber lo que la misma vejez debe ignorar? ¿Qué buen resultado puede ofrecer conducir la allí donde uno va, y excitar su codicia en todo? ¡Ah, feliz la juventud que crece en la ignorancia de la inocencia! ¡Ah, cuán feliz es la vida y la sociedad en que la juventud florece en castidad, en renuncia de sí misma, en severidad de costumbres, bajo la protección de la piedad del hogar doméstico y de la Iglesia!

¡Que siquiera haya seriedad en la educación, disciplina y modestia en el joven, pudor, discreción en la joven, mortificación, fidelidad al deber y temor de Dios en todos, y podremos dejar que la nueva generación obre con arreglo á su conciencia en las cuestiones más delicadas! Entonces el malthusianismo será una superficialidad, y tendremos de nuevo una generación moral, vigorosa, con la cual podremos contar, no ya para inspirar terror á la sociedad, sino para hacerla prosperar y florecer.

(1) Gen., VI, 6, 12, 13.

CONFERENCIA XIX

EL MATRIMONIO Y EL REINO DE DIOS

1. Las esferas de las obligaciones sociales son numerosas, pero todas están en íntima dependencia.—

«El buey—dice el profeta—conoce al que lo posee, y el asno el pesebre de su amo». ⁽¹⁾ Pero, fuera de esto, dichos animales no conocen nada; su horizonte no se extiende más allá de las necesidades corporales y de la satisfacción de las mismas. En esto, no son vituperables, porque la naturaleza no les ha dotado de un golpe de vista más vasto. Pero, para el hombre, es una vergüenza indeleble el que sus miras y aspiraciones no superen la esfera de sus sentidos. Desgraciadamente, el número de hombres que no pueden elevar su pensamiento más alto que los animales, es muy crecido.

Este terrible reproche alcanza menos á esos millares de pobres ganapanes, cuya sensibilidad está embotada por el penoso trabajo, y cuya vida se ve aplastada por los cuidados, que á muchos otros que han olvidado toda clase de esfuerzos intelectuales, ante el temor de pensar y de trabajar, que se ven roídos por el aburrimiento á causa de su inacción, y que están hastiados de la vida, porque están cansados de gozar. Fuera de las yeguas en que se cuidan sus caballos de carrera, fuera de la emigración de los animales de caza, fuera del baile y del «Almanaque de Gotha», apenas si hay algo capaz de llamar su atención. Si se les dice que, según la clase á que pertenece, el hombre debe ser útil en los asuntos del municipio, de la provincia, del Estado, se echan á reír con aire de fastidio y

(1) Is., I, 3.